

UNIVERSIDAD NACIONAL DEL COMAHUE
FACULTAD DE HUMANIDADES

163° Acto de Colación de Grado y Posgrado de la Facultad de Humanidades

Palabras de apertura

Carla Sordello

Buenos días, a todes les presentes.

Estimadas autoridades, docentes, no docentes, familiares, amigos y compañeros egresades:

Para comenzar, quiero expresar que para mí es una gran responsabilidad decir hoy estas palabras en nombre de todes les graduades, no como una voz individual, sino una voz compartida, y espero estar a la altura de eso.

Lo que nos convoca hoy aquí en el Aula Magna, testigo de este rito de pasaje al que asistimos, es un logro colectivo. Por eso, quiero agradecer a la educación pública, a la Universidad pública, federal, gratuita, laica, inclusiva y de calidad. A esta Universidad, a nuestra Facultad y a quienes la sostienen todos los días: a las autoridades, al personal no docente, a les docentes y a les compañeros de las distintas carreras, con quienes, al cruzarnos año a año, tramamos una red de relaciones atravesadas por la escucha, el acompañamiento y la solidaridad desde lo mucho o poco que tenemos. Muchas gracias a todes ustedes por defender lo común, sobre todo en estos tiempos, en que construir comunidad es puesto en duda.

El hecho de que hoy finalicemos nuestros estudios y nos graduemos debe leerse en el marco de un momento sumamente complejo, y hasta para muchos desesperanzador, marcado por la profunda crisis económica llevada adelante por el gobierno, que aqueja a la sociedad, que desfinancia la universidad pública, que precariza a les trabajadores en su conjunto y sobre todo a les docentes universitarios. Debemos dimensionar la gravedad de los discursos que escuchamos todos los días, que reducen la educación pública a una lógica meramente presupuestaria, despojándola de su carácter de derecho, que intentan

convertir el conocimiento en mercancía y que presentan al neoliberalismo como único norte posible.

Nos graduamos en un tiempo en que el proyecto político dominante quiere convencernos de que todo lo que crea comunidad, justicia social e igualdad es prescindible, un obstáculo para el orden social o una mera “ideología *woke*” (descalificada como exceso identitario o dogmatismo), y que la universidad pública debe justificarse en términos de utilidad económica. En este marco de las políticas actuales, la educación no es un derecho que debe ser garantizado, sino un servicio al que acceden solo aquellos que pueden pagarlo.

No hay neutralidad posible frente a este proceso, que forma parte del proyecto político del gobierno y busca avanzar hacia una destrucción lenta del sistema universitario y científico a través de la asfixia presupuestaria sostenida: recortes que impactan en los salarios de docentes y no-docentes, en las becas que permiten estudiar y en los fondos que hacen posible la investigación científica. No es una crisis natural: es una política deliberada que busca debilitar y desarticular el entramado social que nos sostiene hasta volverlo inviable. Pero esto presenta una paradoja, porque mientras los recursos destinados a la educación y la salud son cada vez menores, crece la demanda de estudiantes que buscan en la universidad pública una salida educativa y laboral.

El desfinanciamiento de la educación —y, en particular, de las universidades públicas— no es un hecho aislado: sus efectos se proyectan sobre el conjunto de la vida social. Cuando se deteriora la calidad educativa y se restringe el acceso, se amplían las desigualdades, se reducen las oportunidades de formación y trabajo, y se profundiza la vulnerabilidad de quienes ya se encuentran en situaciones más frágiles. Un país que debilita su sistema educativo es, necesariamente, un país con menos posibilidades de desarrollo y de futuro.

Detrás de cada título universitario en Argentina hay una promesa histórica de movilidad social que ha tenido un valor particular en nuestra vida colectiva. No es casual que los sectores más humildes encuentren en la universidad pública una posibilidad de ascenso y de desarrollo socioeconómico, científico y cultural, especialmente quienes han sido históricamente excluidos del acceso a la educación superior. Esa expectativa de transformación sigue siendo una marca fuerte de la universidad pública. Cada estudiante

que se recibe es, en ese sentido, una confirmación de que ese proyecto funciona: nosotres hoy somos parte de esa historia.

Es menester reconocer, además, que muchos de nosotres que hoy nos recibimos somos trabajadores —a veces de jornada completa— y tuvimos que gestionar nuestro tiempo y nuestra energía para llegar hasta aquí. Esa experiencia del trabajo no fue homogénea, y en muchos casos probablemente estuvo atravesada por desigualdades persistentes. Pero también es necesario decir que, en muchos casos, esa gestión recayó, sobre todo, en las mujeres, que además sostienen tareas de cuidado, trabajos no remunerados y responsabilidades familiares que el mercado y el Estado siguen sin reconocer.

Entre esas compañeras y compañeros, hay quienes, además, combinan el estudio con responsabilidades económicas y familias. A todes elles, mi respeto y reconocimiento.

Eso es precisamente lo que se pone en riesgo cuando se restringe el financiamiento: no solo se arrebató una oportunidad individual, sino que se refuerzan desigualdades de género, de clase y de origen que la universidad pública había logrado, al menos en parte, disputar. Se les quita a miles de personas, en tiempo presente y futuro, la posibilidad de transformar su vida y de transformar la sociedad.

La educación pública tiene límites y deudas pendientes, eso está claro, pero arrasarla sólo profundiza las desigualdades, empobrece al país y erosiona su soberanía. Sin educación pública no hay desarrollo posible ni libertad real. Los discursos que intentan deslegitimarla, reduciéndola a un gasto o a un privilegio injustificado, terminan consolidando un Estado fragmentado y una sociedad cada vez más injusta. Convertir la educación en un servicio al que accede quien puede pagarlo es amputar una de las herramientas más poderosas que tiene nuestro pueblo: la posibilidad de estudiar para cuestionar las injusticias y construir un futuro distinto. Somos un país que produce conocimiento, que necesita inversión, salarios dignos y un Estado que garantice que no solo unos pocos tengan derecho a estudiar.

Es por eso que hago mías las palabras de Paulo Freire, para quien “toda práctica educativa implica una postura política”¹. En este sentido, estudiar en una universidad pública desfinanciada, en constante estado de alerta es hoy un acto profundamente político.

¹ Freire, P. (2004). *Pedagogía de la autonomía: Saberes necesarios para la práctica educativa*. Siglo XXI Editores.

Recibirse constituye un gesto de resistencia, porque supone comprender la educación como un derecho; albergar el conocimiento como un bien colectivo y popular; y la palabra y el diálogo como herramientas de transformación.

También Freire afirma que “la educación es un acto de coraje”², y elegir las Humanidades frente a estos discursos violentos, negacionistas y misóginos que las deslegitiman, que las tildan de inútiles o improductivas, es un acto de valentía profundamente político, porque implica defender la palabra, la memoria, la crítica y la posibilidad de construir un mundo más justo para todos. Un mundo más justo, sobre todo para aquellos a quienes más les afecta el ajuste: personas con discapacidad, jubilados, trabajadores y trabajadoras precarizados, estudiantes que sostienen sus estudios con becas, y también quienes asumen mayoritariamente las tareas de cuidado, cuyo trabajo ha sido históricamente invisibilizado y desvalorizado.

Elegimos estas carreras porque creemos en el poder transformador de la palabra, del pensamiento, de la historia y de la cultura. Porque entendemos que no hay democracia sin educación crítica, y no hay educación crítica sin educación pública ni docentes que enseñen a leer reflexivamente el mundo.

Por todo esto, hoy es un día para celebrarnos, porque en un contexto en el que la sociedad y la política nos exigen que nos deshumanicemos, que seamos cada vez más fríos y calculadores, demostramos nuestro valor por creer en lo que nos hace humanos.

Y en este cierre, quiero compartir una pregunta que me acompañó al pensar este discurso. Dar estas palabras hoy no fue una decisión sencilla, pero terminó siendo un honor pronunciarlas. Ahora, si me preguntan dónde radica ese honor, les respondo:

El honor está en aquello que dio sentido a la universidad de los trabajadores, de los obreros y obreras, de las costureras, de las empleadas domésticas, de quienes sostienen a la sociedad con su trabajo cotidiano e invisibilizado.

El honor está en que una hija, un hijo, una nieta, un nieto pueda convertirse en profesora, profesor, en licenciado o licenciada; en médica, en ingeniero, en especialista, en magíster, doctora o doctor.

² Freire, P. (2004). *Pedagogía de la autonomía: Saberes necesarios para la práctica educativa*. Siglo XXI Editores.

Ahí está el orgullo profundo de la universidad pública: en permitir que generación tras generación, quienes venimos de familias trabajadoras podamos estudiar, investigar, enseñar y transformar realidades.

Eso es lo que resistimos y lo que defendemos.

Por eso, no demos por sentadas las luchas pasadas. Sostengamos la universidad como nuestra trinchera: porque sabemos que lo que se disputa hoy, adentro de las aulas y en las calles es la posibilidad de que las hijas e hijos de la clase trabajadora sigamos teniendo un lugar en la universidad.

Muchas gracias.